

# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 90.—BARCELONA 29 DE ENERO DE 1916



Patrullas de caballería alemana en los Vosgos

## CRONICA INTERNACIONAL

I. El camino de Oriente.—II. Los grandes y los pequeños.—III. En el Occidente de Asia —IV. Montenegro y la Cuádruple

### I.—El camino de Oriente

Que las fronteras ruso alemanas, austro-italianas y franco-alemanas, se corran en un sentido o en el opuesto pocos o muchos kilómetros, como resultado de la guerra, es cosa que interesa mucho a los beligerantes, pero que al resto del mundo le importa poco. Hasta el otoño pasado, las operaciones militares no tenían otro alcance que aquel, y la masa de los neutrales podía contemplar sin estremecerse, aunque con honda piedad, cómo se despedazaban las más poderosas naciones de la tierra. La estrategia imperaba como señora y dueña; no había otra labor que la destrucción; perdíanse de vista los intereses permanentes de los pueblos; ninguno de los guerreros se preocupaba de lo que acontecería cuando cesase el estrépito de las armas; súbitamente, la guerra desvióse de sus cauces exclusivos de matanza y detrás de los estrategas, como impulsándoles, apareció el pensamiento de los hombres de Estado.

Pasaron los austro-alemanes el Danubio; gimió Serbia pidiendo socorro; los que se llamaban sus protectores, los que la lanzaron a la aventura que desató el conflicto, o fingieron no oír o abogaron *pro domo*

*sua* y no por la del débil; las águilas imperiales llegaron a las fronteras de Grecia; ¡una nación menos! exclamaron todos a coro, sin comprender por de pronto que en aquel mismo momento acababa de cambiar de posición el eje político, que a la vez lo es industrial y mercantil, del mundo. Los que lo veían arrebataado de sus manos impusieron la consigna del silencio, esforzándose en no delatar su amargura, y apenas ha merecido un breve y fugaz comentario el acontecimiento más importante de las dos últimas centurias.

El camino a Oriente ha sido la magna empresa de los siglos xv a xx. Una brillante e inolvidable pléyade de navegantes lo estableció por vez primera; el inmortal Lesseps, rompiendo el istmo de Suez, trastornó el equilibrio económico mundial. Soñó aquel insigne ingeniero con entregar a Francia las llaves de la puerta que servía de comunicación a las dos civilizaciones, pero Inglaterra—que hoy figura como aliada de Francia—se las supo arrebatar, y desde entonces el poderío británico ha crecido lógicamente en términos prodigiosos. El ferrocarril transiberiano, que honra a Rusia, constituyó una tentativa para arrebatar a Inglaterra el cetro comercial, pero se en-



cuentra demasiado al N. para que tanto ahora como en un porvenir muy lejano, pierda su carácter de línea nacional, interior, y adquiera el de vía de comunicación mundial. Bien considerado, el problema era de fácil resolución. Bastaba construir un ferrocarril que partiendo de Constantinopla llegara al golfo Pérsico, y del cual arrancar otras líneas a Persia y a empalmar con la India. La ruta marítima recibiría un duro golpe, y no sería ya Inglaterra quien monopolizara y guardara el camino de Oriente.

Había de contarse con Turquía. El Kaiser acarició la idea de ese ferrocarril y puede decirse que su política exterior se fundó en los dos grandes planes de aumentar la marina mercante y militar imperiales y construir el ferrocarril a Bagdad. Pero Inglaterra no se dormía, y durante largos años Constantinopla fué solicitada por Londres y Berlín, hasta que el acuerdo anglo-ruso, acierto supremo o insigne torpeza, que esto lo dirá la guerra, echó a Turquía en brazos de Alemania.

Aunque no concluido enteramente, ese ferrocarril es un hecho. Alemania, que no encuentra el medio de acabar con la supremacía marítima de su rival, comprende que para su expansión necesita abrirse caminos terrestres, que no estén bajo la acción del capricho o de la voluntad británicas, y al concertar su acuerdo con Bulgaria y destruir a Serbia, miraba a Persia y al golfo Pérsico, pasando por las riquísimas e inexploradas provincias del Asia Menor, que brindan ancho y dilatado campo a la actividad germánica.

De hoy en adelante, no le será necesario al comercio alemán entablar con los demás una competencia casi ruinosa en los mercados de allende los mares; Turquía y Persia y el Turquestán y el Afganistán, consumirán una producción doble de la que pueden desarrollar los Imperios centrales, a quienes proveerán holgadamente de las primeras materias que necesitan; antes de una generación se habrá triplicado la potencia económica de Alemania, y todo el centro y el oriente de Asia serán conquistados comercialmente, ya que se dispondrá de una vía más corta, mucho más rápida y segura, y también menos costosa, que la marítima que pasa por el canal de Suez. De modo que los alemanes van a competir con ventaja con sus rivales los ingleses en el mismo corazón de los mejores y más ricos dominios británicos. Sabido es que detrás del mercader o a su lado marcha el soldado.

Terminado el ferrocarril de Bagdad, que dará facilidades para el transporte de máquinas y artefactos de ingeniería, los demás que irradian de él serán juego de niños. La posición de los Imperios centrales, aliados con Bulgaria engrandecida y Turquía resucitada, será formidable. Pero habrá que protegerse contra el coloso ruso, y, a este efecto, ahora o más adelante, se tratará de arrancarle un buen pedazo por el S., que se entregará a Rumanía si se muestra juiciosa o contra Rumanía y a sus expensas.

Y no es esto sólo. Independientes en su comercio los Imperios centrales de las demás grandes naciones, y adquiriendo las primeras materias a precios más bajos que ahora, podrán luchar con ventaja en los demás mercados. Resta por dar la última estocada, y ya se habla de ella: el *zollverein*, la unión adua-

nera con los pueblos del Balkán, Bulgaria y Turquía, probablemente Rumanía también.

Puede la guerra continuar, que su principal objetivo lo han conseguido ya los austro-alemanes. Aunque fueran rechazados a sus antiguas fronteras, les bastaría no ser aplastados para que esta guerra les fuera victoriosa.

## II.—Los grandes y los pequeños

El desacuerdo entre Inglaterra y sus aliados ha aparecido por fin en las columnas de la prensa. Rompió la marcha Rusia, Italia dió señales de malestar, y al presentarse al Parlamento de Londres el proyecto de servicio obligatorio, Francia ha expresado su disgusto e Italia ha alzado el tono de su voz. ¿Quién tiene razón? Todos y ninguno.

Es verdad que Inglaterra solamente ha tomado a su cargo las operaciones fáciles y que podían darle un resultado que nadie osaría disputarle: Africa Occidental, islas del Pacífico, Mesopotamia. En los teatros importantes no ha hecho más que poner tropas al lado de las francesas, reservándose el puesto que más le convenía y la parte mínima en los combates. Ha incitado a sus seis aliados a pelear resueltamente, mientras ella cuidaba de la libertad de los mares, con vistas a su comercio. Pero, al mismo tiempo, Inglaterra, dentro del principio del voluntariado, ha realizado un esfuerzo que nadie esperaba y que nadie le hubiera exigido en agosto de 1914. Se confiaba en Inglaterra por su poderío económico y por la superioridad de sus escuadras, factores que necesitaban los demás aliados y con cuyo concurso creían descontado el triunfo. Britania ha hecho mucho más que eso, y en justicia no hay motivo para reprocharle nada. Pero si se comparan sus sacrificios con los de Rusia y Francia, Inglaterra se ha quedado atrás y está en deuda con las dos naciones. No sucede lo mismo con Italia, que labora exclusivamente en provecho propio y no parece formar parte del grupo de la alianza.

Sin embargo, el malhumor de Italia deja muy atrás al de Rusia y Francia. Ello obedece a dos órdenes de ideas, sin punto de contacto. El primero, de que se hizo eco el signor Marconi en el Senado de Roma, reconoce como fundamento la carestía de los carbones y cereales, como consecuencia de las medidas tomadas por el Gobierno británico. Creen los italianos que en pago de sus esfuerzos en la frontera austriaca lo menos que debían hacer sus amigos es facilitar el envío de aquellas materias; Inglaterra protege su propio comercio, dicen, paraliza el de sus adversarios y corta y entorpece el de sus aliados; todo lo quiere para sí. Olvidan los italianos que los ingleses les echan en cara su falta de cooperación, porque se han aprovechado de la alianza para atacar a los austriacos debilitados y ocupados en otras guerras, sin contribuir a la obra común en otra cosa que el retener algunos millares de austro-húngaros en el frente meridional. Los barcos franceses y alguno británico han tenido que entrar en el Adriático a apoyar la escuadra italiana, que se decía inmensamente más fuerte que la austriaca.

No es esto, con todo, lo que ha hecho saltar a los italianos, quienes, como buenos meridionales, tienen muy arraigado el amor propio. Las insistentes y



repetidas invitaciones de franceses e ingleses para que los italianos acudieran en socorro de serbios y montenegrinos han llegado a hacerse enojosas, mereciendo una justa réplica de los periódicos del Lacio. La prensa de París y Londres aduce como argumento que Francia e Inglaterra han puesto por su parte cuanto han podido, enviando un poderoso ejército a Salónica y ocupando otros puntos del territorio griego; y los italianos justamente, arguyen: ¿qué hacen ustedes en Salónica? ¿Para qué sirve ni qué finalidad tiene esa expedición? ¿Cómo se atreven ustedes a decir que quisieron socorrer a los serbios si en cuanto aparecieron los búlgaros corrieron ustedes a refugiarse detrás de la frontera griega? ¿Entorpece en nada Salónica los planes de los imperiales? Sean ustedes francos y digan que obran como les conviene; y según esto, dejen ustedes que nosotros también obremos como nos convenga. Ingleses y franceses no se dejan convencer, y han sacado a relucir un nuevo argumento, por demás peregrino: «puesto que ya no es tiempo de auxiliar a los serbios y montenegrinos desde las costas de Albania, ustedes, italianos, vengán a Salónica, y todos juntos intimidaremos al enemigo». ¡Tiempo perdido!

A risa moverían semejantes bizantinismos, si no perecieran de hambre y miseria serbios y montenegrinos, víctimas, no de los imperiales, sino de los errores de sus gobernantes, que hicieron caso de sus poderosos aliados, sin acertar a comprender que éstos los dejarían en la estacada.

Serbia inspira piedad y lástima, pero no Montenegro. ¿Por qué ese minúsculo reino se metió en la guerra europea? ¿Podía creer que las grandes potencias presentasen un cuadro parecido al de Turquía en 1912? Sobre todo, cuando ya no cupieron dudas sobre la suerte de Serbia ¿por qué Montenegro, que acababa de ver cómo se conducían los dos grupos de beligerantes, no se salió a tiempo de la guerra, sacrificando si era menester los territorios que se anexionó en 1913? Montenegro puede decirse que se ha suicidado.

Disputen en buena hora Italia y Francia, Inglaterra y Rusia; esas naciones, que no supieron o no quisieron defender a Bélgica, sacrificada en holocausto de aquellas, habrán de expiar más o menos tarde el desamparo en que han dejado a Serbia y Montenegro. Hablar de derecho y de protección a los débiles y no practicarlos, es mil veces peor que la confesión del egoísmo.

### III.—En el Occidente de Asia

Se habló hace tiempo de operaciones militares en el Cáucaso persa; se supo después que tropas rusas se habían internado en Persia; y hoy una noticia, mañana otra, dando a pequeños sorbos la amarga verdad, es positivo que arde en guerra Persia, y que las llamas del incendio se han propagado al Turkestán y al Belukistán, a las mismas fronteras de la India. Aquel peligro, al parecer remotísimo, cuyo pensamiento infundía pavor en Inglaterra, es un hecho real y no valen atenuaciones ni habilidades para disimularlo. Los momentos son preciosos para britanos y rusos, porque aún no dispone Turquía de fuertes ejércitos en aquellas regiones y cabe apaciguar la agitación antes de que sea general. Pero si

transcurren uno o dos meses sin que Rusia e Inglaterra se impongan por la fuerza, se irán presentando en Persia y más allá soldados regulares turcos, y detrás de ellos fusiles, cañones y material de guerra suficiente para que los descontentos se transformen en guerreros. La situación actual es hija de las victorias turcas en Mesopotamia; la evacuación de Gallípoli, que tardará en ser conocida en el interior de los pueblos musulmanes, favorecerá los alzamientos, y pronto será imposible que las columnas rusas, desperdigadas y de cortos efectivos, impongan su voluntad. Estamos en los comienzos de la guerra santa: son lentos, por la dificultad de comunicaciones en el occidente de Asia, pero si la hoguera prende en aquellos vastos territorios sus consecuencias pueden llegar a ser incalculables.

Esos chispazos en diversos puntos de Persia han dado a conocer algo que se ignoró durante mucho tiempo. Los rusos habían invadido el país, con propósitos que si no eran de conquista se les parecían mucho, y el Gran Duque Nicolás cuidaba más de las operaciones en Persia que de la campaña contra los turcos en Armenia, coincidiendo en sus planes con la invasión de Mesopotamia por los ingleses. De este modo Rusia procuraba desquitarse de sus desastres en Europa, e Inglaterra seguía su eterna política de aprovecharse de las discordias ajenas para irse apoderando de presas fáciles. Pero esta vez olvidaron ambos Imperios que andaba por medio un adversario muy fuerte y más previsor que ellos, Alemania, y es muy posible que la prematura acción de ingleses y rusos les cueste cara y se arrepientan de ella. La política de las dos naciones se manifiesta en Oriente, donde no es menester encubrir los apetitos, y no en Europa, aficionada a las buenas palabras y a cubrir las apariencias.

### IV.—Montenegro y la Cuádruple

Montenegro ha pedido la paz, y como trámite previo ha accedido al desarme de sus tropas. Este paso no le libra de una seria mutilación, pero le permitirá conservar su existencia, reducida a las fronteras de 1912, excepto el monte Lovcen y la faja del litoral del Adriático, que se apropiará Austria-Hungría.

El rey Nicolás y su Gobierno se han humillado, previo acuerdo con Italia e Inglaterra. Recuérdese el apresurado viaje del rey Víctor Manuel a Roma, las visitas a Italia de personajes montenegrinos, y que la prensa inglesa del día 12 indicaba ya, como preparando a sus lectores, que era probable que el pequeño reino pidiera la paz. En esta ocasión los pequeños han demostrado un juicio más claro que los grandes; ¿no era bastante el ejemplo de Bélgica, seguido por el de Serbia, para comprender que si los aliados eran impotentes cuando les favorecían todas las circunstancias, sería necio contar con ellos más adelante?

Montenegro, a quien nadie incitó a guerrear, obró muy ligeramente haciendo causa común con Serbia; antes de ser despojado del monte Lovcen hubiera concertado una paz en condiciones aceptables; ahora, han de ser onerosas; pero más vale perder algo o mucho que perderlo todo.

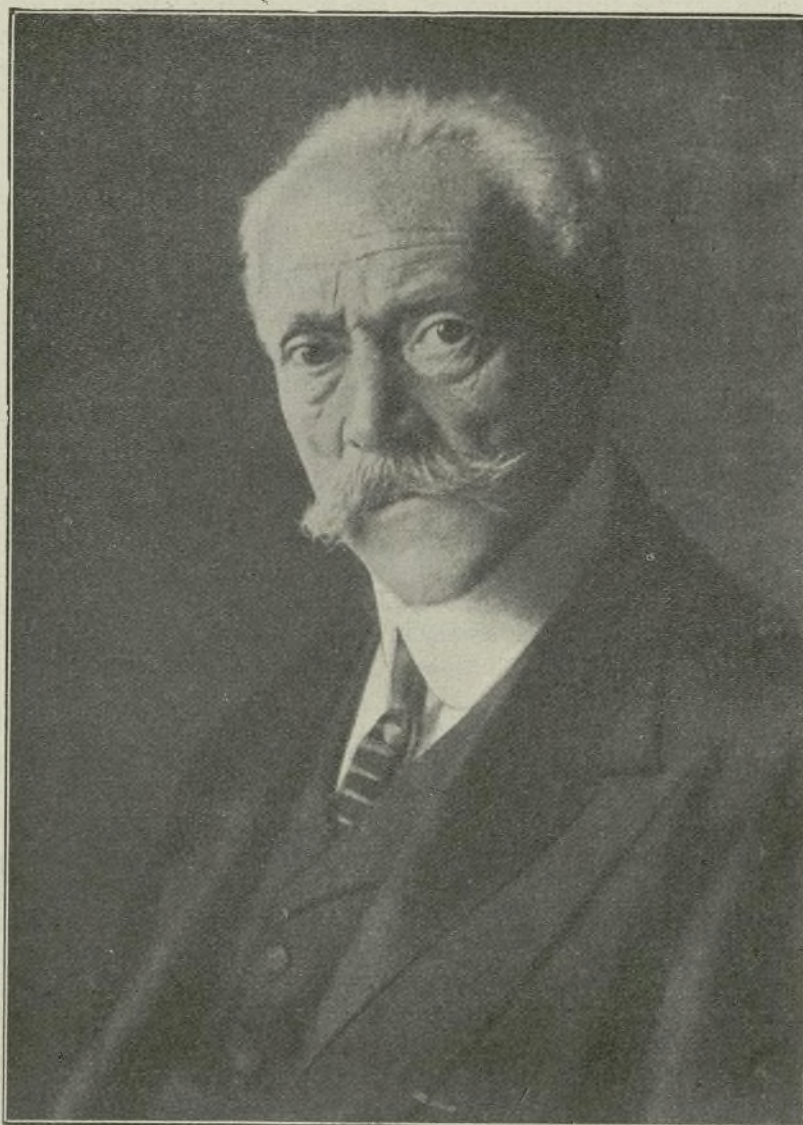
Es de suponer que en el consejo de Italia e Inglaterra pesó el deseo de evitar que los austriacos se



extendieran por el litoral montenegrino del Adriático y se apoderaran de Skútari. No se creyeron con fuerzas bastantes para cortar el paso al invasor, y esperaban que la interposición entre ésta y Durazzo de un Estado que se apartaba de la guerra, detendría la marcha de los austriacos. Si tal cosa han creído, se forjan una vana ilusión; los imperiales están posponiendo todos los objetivos a los de orden militar, hace año y medio, y no van a ser tan cándidos que caigan en la trampa. La sumisión de Montenegro precipitará el éxito de sus armas en Albania y los

triunfo final se dice muy fácilmente, pero no se cree. El que tarde más en desengañarse será el que resulte más perjudicado.

Hay que repetirlo, y los hechos no tardarán en patentizarlo: detrás de Montenegro está Italia. Al pedir la paz el rey Nicolás, Italia reconoce que no se encuentra capacitada para dominar de un modo efectivo en el Adriático oriental; se resigna a perder una puerta valiosísima, y, lo que es mucho más grave, da por descontado el fracaso de su tentativa de adueñarse de Istria y las costas de Dalmacia. Desde hoy,



El Conde de Metternich, nuevo embajador alemán en Turquía

Balkanes. Es admirable, casi increíble, que los Imperios centrales acometan sus empresas cuando y como quieren, mientras que las naciones de la Cuádruple se relegan ellas mismas al desairado y triste papel de espectadoras, que las expone a los golpes sucesivos de sus adversarios. Una vez más se ha demostrado que los intereses de los pueblos no son materia adecuada para las artificiosas combinaciones de los diplomáticos; Italia no niega ya este hecho, y pronto le imitará Rusia.

Este es el aspecto importante del acto de Montenegro; el fracaso de la política de los aliados, de la inglesa en particular. El bloque se rompe por el punto más flaco, pero se rompe, y al quebrarse, se reconoce implícitamente que la esperanza en el

Italia queda virtualmente fuera de la alianza, y no sería de extrañar que antes de mucho la Cuádruple recibiera una estocada mortal de su último componente. El instinto de la propia conservación se antepone a todos los demás.

La actitud de Montenegro corrobora la inutilidad, la esterilidad del sacrificio de Serbia. ¡Cuán arrepentidos deben de estar el rey Pedro y Patchich! Y Grecia, tratada sin piedad y con menosprecio, no aprenderá poco en la sumisión de los montenegrinos. Mal comienza el año para los aliados.

La paz general sólo pende de que tome forma en el espíritu de los pueblos ruso y francés el convencimiento de la inutilidad de los esfuerzos que realizan. En este concepto, es más depresivo para el áni-



mo de los aliados lo que ha hecho Montenegro, que los desastres de los rusos en 1915, puesto que la pérdida de Polonia y otras provincias fueron acontecimientos que caían exclusivamente en la esfera militar, mientras que la anulación de Montenegro significa una derrota política que alcanza por igual a los cuatro aliados. Estos admiten que no podían defender al valeroso reino, y de esto a admitir que les está vedado el camino de la victoria no hay más que un paso. En otro concepto, hay un pueblo, aunque

producido por la petición de paz por parte del pequeño reino. ¿Cuál habrá sido la causa de la ruptura? Como el rey Nicolás obraba de acuerdo con Italia, tal vez esperaba ésta que, mediante la paz, los austriacos respetarían el territorio de Montenegro, y se alzaría una valla protectora del litoral albanés ocupado por los italianos. Es natural que Austria no se aviniera a la expresada condición, que anularía el fruto de su campaña militar.

F. LARIN.

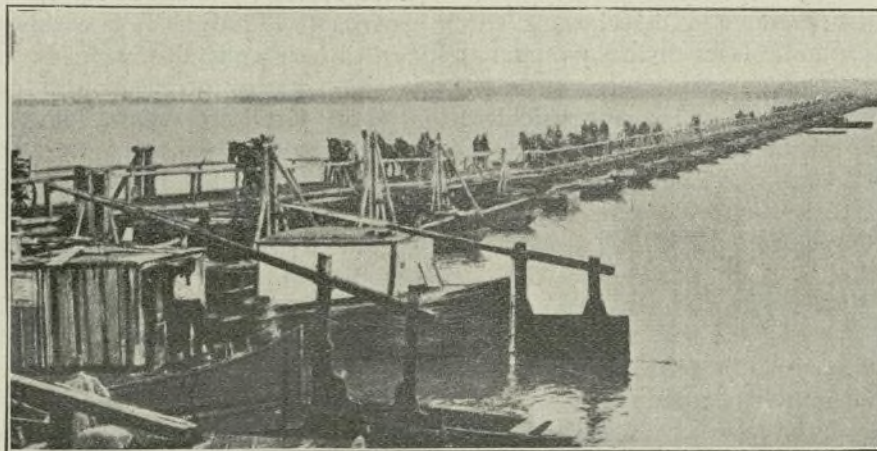


El general turco Zeoki-Bajá, visitando el teatro ruso de la guerra

minúsculo, que no vacila en proclamar haber perdido toda esperanza en el triunfo de los aliados, y se sale del palenque. Ya no son los neutrales ni los adversarios quienes se dan clara cuenta de la situación; la verdad comienza a brillar, y, como es natural, impresiona más cuando asoma por el lado de uno de los grupos beligerantes.

## GRECIA Y LOS ALIADOS

Verdad nunca bastante repetida, porque aún no se ha abierto debidamente paso en los entendimientos españoles, es que sabemos del mundo lo que Francia nos quiere decir de él. Viene a ser la República vecina una especie de aduana que cierra la



Puente de pontones construido por los austriacos sobre el Danubio

No es de extrañar que muchas personas de juicio sereno, reputen de verdadero acto de demencia lo que los franco-ingleses están haciendo con Grecia; decididamente, estamos en el principio del fin, y este fin lo anuncia Montenegro, aunque es Italia quien lo apunte. No ha ocurrido desde agosto de 1914 otro acontecimiento político de la importancia del que acabamos de registrar.

Al cerrar esta *Crónica* se recibe la noticia de haberse roto las negociaciones entre Austria y Montenegro. Ello no modifica en lo más mínimo el efecto

puerta a determinadas noticias, que transmite el movimiento intelectual de otros pueblos del modo que le conviene, y que imprime siempre un sello francés a lo que deja pasar. Resultado es ello de nuestra posición geográfica y consecuencia de la invasión intelectual francesa, mil veces más persistente que la militar, que coincidió con el reinado de Felipe V. Lo que nos sucede a nosotros con Francia, ocurre a casi toda la América y gran parte de Asia y África con Inglaterra, dueña de los cables y de las agencias de información y de los mercados.

Sería necesario que se proscribiera la enseñanza



del francés y se extendiera, en cambio, el conocimiento del inglés, alemán y ruso, para que pudiéramos formar juicio propio e imparcial de lo que acontece en el mundo; porque, si no poseemos base exacta y apropiada ¿cómo deducir consecuencias acertadas?

La guerra nos está ofreciendo abundantes y diarios casos de la verdad antedicha; y en estos días—el hecho se está repitiendo hace varias semanas—, los sucesos de Salónica se prestan a reflexiones que, si quiera compendiadamente, conviene indicar.

Atropellaron y vulneraron los anglo-franceses la neutralidad de Grecia por un motivo exactamente idéntico al que llevó a los alemanes a la invasión de Bélgica, entonces y ahora se trataba de atacar al enemigo, llegando a él a través de una nación neutral. Protestó Grecia, y se la bloqueó y dejó sin víveres; se la amenazó, se la obligó a retirar las tropas de la región de Salónica, se extendieron los desembarcos al litoral del Este, se condujeron las tropas expedicionarias como dueñas y señoras de un país conquistado, y se desconoció la soberanía griega hasta el punto de apresar a cónsules y personas de nacionalidad enemiga. Hubiérase declarado la guerra a Grecia o hecho armas contra ella, y nadie hubiera extrañado los actos de dominio cometidos por ingleses y franceses. No importa que los griegos protesten una y otra vez; el órgano oficioso del gobierno francés ha llevado su despreocupación a afirmar que los aliados fueron a Salónica llamados por Grecia (!). Como si no bastara con la humillación del país neutral, que ha incurrido en el enorme pecado de ser débil, hay que leer la prensa francesa y la británica para convencerse de la dureza con que trata el rey Constantino, a su gobierno y a sus súbditos.

Y mientras los flamantes señores se conducen de este modo, sostienen con perfecto aplomo que los búlgaros y alemanes faltarán a los derechos más elementales y conculcarán las leyes divinas y humanas si pisan el territorio griego en que han sentado sus reales los aliados. ¡Habría que oír a esos periódicos si los alemanes sostuvieran esta misma teoría respecto de Bélgica! ¡Y cuenta que Bélgica se alzó contra el invasor, justificando el estado de guerra, con todos sus horrores, mientras que Grecia permanece humilde y resignada!

Bajo grandes titulares y con el calificativo de *crímenes*, se publican en aquella prensa las detenciones y condenas de personas civiles, de los dos sexos, que en Bélgica han cometido actos de espionaje, de sedición, de rebelión, sin tener en cuenta que hay guerra entre aquel país y Alemania. En cambio, los fusilamientos que por análogo motivo han tenido lugar en Francia e Inglaterra, son actos loables impuestos por el derecho y la justicia. Se procedió al internamiento en masa, en condiciones de que más vale no hablar, de los ciudadanos alemanes y austriacos que residían en Inglaterra y Francia al declararse la guerra; Alemania tardó muchas semanas en seguir el mismo camino, que aún no ha sido imitado enteramente ni por Austria, ni por la incivilizada Turquía. No obstante, las palabras *refinada crueldad* no se caen de los labios de los nuevos paladines del derecho, al referirse a sus adversarios. Todo ello se dice con tal naturalidad, es tan constante, inseparable, el calificativo más injurioso a continua-

ción de los actos de los adversarios, y se emplea tal llaneza y corrección al dar cuenta de los análogos de los aliados, que hemos acabado por acostumbrarnos y ya no nos indignan los desafueros de que son víctimas la rectitud, la templanza, la justicia, la verdadera fortaleza.

¿Es esta una guerra de pueblos viriles, potentes, enérgicos, poseídos de su razón y de su fuerza, o es una disputa de comadres, en que el dicterio es el supremo argumento? Por bien de la humanidad debiera de cesar este espectáculo.

Hombres y mujeres, de todas edades y condiciones, de las nacionalidades con quienes se está en guerra, residentes en Salónica, han sido detenidos, llevados al destierro e internados; no importa que habitaran en Grecia mucho antes de que en Londres se soñara con Salónica: estorbaban, y se les quita de en medio. Mas esto se lleva a cabo en un Estado neutral, pasando por encima de los fundamentos más hondos de la soberanía de los pueblos. Unas cuantas frases bien limadas justifican el atropello, que se ha perpetrado ¿cómo no? en defensa de la justicia y para proteger a Grecia; pero ¡qué lágrimas tan amargas derraman esos mismos periódicos y qué fraseología emplean cada vez que una mujer belga cae bajo la sanción de los tribunales alemanes!

Felones, traidores, hipócritas.... han sido llamados el rey Fernando y los búlgaros; ¿por qué? porque han procurado servir sus intereses nacionales y no los ajenos, y los han servido ayudados por los austro-alemanes. ¿Qué han hecho Inglaterra y Francia a favor de Bélgica, fuera de enviar algunas tropas a Amberes para obligar a la plaza a resistir hasta el último momento, y aparte de equipar, instruir y devolver al campo de batalla a los belgas con aptitud militar, que se expatriaron en los primeros meses? ¡Cuán curioso, y, más que curioso, instructivo, sería penetrar en lo íntimo de la conciencia de los belgas y asistir a sus coloquios mentales!

Si se cosecha lo que se siembra ¿qué pueden esperar de Grecia los aliados? Público era que hace cuatro meses la opinión preponderante les era favorable; hoy, es dudoso que haya un griego cuyas simpatías perseveren en el mismo sentido; quien lo dude, que se ponga en su caso y responda luego. Desatan vientos los ingleses y franceses, y quieren recoger mansedumbre, sumisión, amor; más lógico y probable es que la tormenta ruja furiosa, y que los griegos se lancen por fin a poner término a un estado de cosas que les conduce en línea recta a la anulación, al empequeñecimiento, ¡quién sabe si a la pérdida de la independencia! No será necesario para ello más que la aparición de los cascos prusianos sobre las primeras líneas defensivas que hoy ocupan los invasores de la Macedonia griega. Y cuando tal suceso se realice, la pobre Grecia, después de atropellada, será escarnecida. ¡Cuán elocuente y sentido, para los literatos, que no para los hombres de corazón, será el lenguaje de la prensa aliada, si Grecia se decide por la guerra; es muy posible que estén ya escritos y preparados los artículos, en párrafos impecables, pero huecos y anodinos, como todo lo que es hijo del convencionalismo y contrario a la equidad!

¿No es ya bastante año y medio para que se enfrenen las pasiones, se contengan las lenguas y se deje de mojar las plumas en hiel? Gran parte de res-



ponsabilidad recae sobre los neutrales. Si condenásemos al desprecio que merece todo escrito en que, sin pruebas fehacientes, se injuria al adversario, venga de donde venga, y nos abstuviéramos de leer esa parte de la prensa extranjera que está reñida con la verdad y la rectitud, la campaña de difamación terminaría. Pero, somos humanos y nos complacemos en todo lo que avive nuestras pasiones, con sólo que se nos dé una pudibunda hoja de parra que, en la apariencia, oculte nuestra flaqueza.

.....

## LAS OPERACIONES EN CTESIFON

Un oficial inglés que tomó parte en las operaciones de Mesopotamia, las describe en la prensa de Londres en los siguientes términos:

«En la noche del 21 de noviembre emprendimos la marcha, a las 7 y 30, desde un campamento llamado Lejj. La posición turca, Ctesifón, distaba once kilómetros, a los dos lados del Tigris, pero la principal se encontraba en la orilla izquierda. Después de marchar toda la noche, atacamos al amanecer. La posición enemiga estaba muy bien situada y fuertemente atrincherada. Conseguimos, por fin, arrojar a los turcos después de un severo combate y muy fuertes pérdidas. Se retiraron a una segunda línea de defensa, y a las dos y media de la tarde, cuando les atacamos, los turcos nos contraatacaron vigorosamente; habían sido reforzados por una división, cuando menos. La acción se puso seria, pero concluimos por contenerles, y regresaron a su segunda línea de trincheras. Obscurecía y los dos bandos estaban fatigadísimos. Entramos en la primera posición que habíamos conquistado, y acampamos a las once y media.

»La noche transcurrió con tranquilidad. Al siguiente día, 23, nos cañoneamos mutuamente, y se vió que los turcos recibían nuevos refuerzos. Nos atacaron con fuerzas considerables, y toda la noche se prolongaron los combates. Rechazamos todos sus esfuerzos, y deben de haber perdido mucha gente. La noche fué de prueba, pasada al raso, pero afortunadamente pudimos atrincherarnos antes de que el enemigo se acercara más. El 24 se retiraron otra vez a su segunda línea, y todo el día mantuvimos un duelo de artillería. Nuestra fuerza estaba muy desparramada y no teníamos tiempo de reorganizarla, por lo cual nos concentramos más cerca del río, a la izquierda de la posición de Ctesifón.

»El 25 se agotaron los víveres, y enviamos algunas patrullas para que se acercaran todo lo posible al campo de batalla. Aquella tarde, los aeroplanos avisaron que los turcos habían sido nuevamente reforzados y estimaron las fuerzas enemigas en 20.000 hombres. Nuestras tropas se habían empeñado totalmente en Ctesifón, y nuestras bajas ascendían a 4.500 hombres, de ellos 800 muertos. El general decidió, por consiguiente, retroceder hacia nuestros barcos y almacenes, y marchamos sin tropiezo al oscurecer hacia Lejj. Allí descansamos un día y reforzamos nuestra posición, pero el 27 se acercaron los turcos con grandes efectivos, y tuvimos que emprender la marcha por la tarde, a lo largo de un camino muy malo, recorriendo 38 kilómetros hasta que llega-

mos a Azizie. Allí habíamos reunido grandes cantidades de vituallas y efectos antes de nuestro avance. He perdido todo lo que poseía. Salimos de Azizie el 30, y marchamos a un campamento, 16 kilómetros aguas abajo. Sabíamos que los turcos estaban muy cerca, pero, no obstante, nos sorprendieron en parte cuando abrieron sobre el campamento un vivo fuego de fusil y cañón a media noche.

»En la mañana del 1.º de diciembre nos encontramos rodeados casi por completo. Como teníamos que proteger nuestros transportes, decidimos atacar al enemigo que quedó sorprendido al vernos tan dispuestos al combate, y estoy seguro que recibieron un duro castigo. Sin embargo, nos fué forzoso sostener una acción de retaguardia todo el día, y marchamos 45 kilómetros antes de hacer alto. Luego de descansar dos o tres horas, continuamos andando otros 25 kilómetros, hasta llegar a 7 kilómetros de Kut. Entonces tuvimos que detenernos, porque la infantería no podía dar un paso más. Los más de nosotros, hombres y caballos, habían comido poco o nada en dos días.

»Kut está muy bien fortificado, y esperamos recibir refuerzos pronto. Si los turcos llegan hasta aquí, espero que reciban una buena lección, si no la han recibido ya. Los combates han sido terribles, y hay que felicitarse de haber escapado con vida. Puede decirse que yo y muchos otros nos hemos salvado por milagro».

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### La invasión de Grecia

(El señor A).—Desengáñese V., don Subrio, los imperiales tienen cerradas todas las puertas: En Salónica los franco-ingleses, en Vallona y Durazzo los italianos, en Kastellorizo los franceses, en Corfú también los franceses, con los serbios, en....

—Sí, sí, ya sé que están en todas partes, menos donde debían de estar.

(El señor A).—Eso será a juicio de V., pero no al mío ni de nadie que conozca bien la situación. Ya verá V. cómo los alemanes no entrarán en Salónica, ni...

—Hasta la época de los baños de mar no les harán ninguna falta esos puertos.

(El señor A).—¡Están verdes! exclamó la zorra, viendo que no podía alcanzar el racimo.

—Para verdes, los montenegrinos. ¿Por qué no les han auxiliado los aliados?

(El señor B).—Nosotros hemos hecho cuanto podíamos, yendo a Salónica.

(El señor A).—Lo mismo que nosotros.

—Y para ir a Salónica ¿tomaron ustedes el camino de los Dardanelos? ¡También son ganas de que les den con la badila en los nudillos! Y ¿por qué fueron ustedes a Salónica, como podían haber ido a las Azores? ¿No encontraron otra manera mejor de socorrer a los serbios y montenegrinos? ¿No existía Albania?

(El señor B).—Eso correspondía a los italianos, y no debíamos de entrometernos en sus asuntos. Los italianos obrarán oportunamente.

—¿A pesar del Consejo de Guerra y de la unión



de esfuerzos de los aliados? ¿A qué llaman ustedes oportunidad? Al asno muerto, la cebada al rabo.

(El señor A).—¿No están los italianos en Vallona y en Durazzo?

—Sí, todos ustedes desembarcan donde no hay enemigos ni encuentran resistencia; si asoma alguna bayoneta, ¡guarda, Pablo! ¿No es criminal que hayan ustedes dejado morir a Serbia, y que no hayan hecho nada por Montenegro, sabiendo desde primeros de octubre que iba a ser atacado?

(El señor A).—Repetimos que esa labor incumbía a los italianos.

—Es decir, que volvemos a tener la conjugación de verbos: Tu debes de ir; él debe de marchar; yo no iré... y los imperiales resumen: ¡vosotros recibiréis!

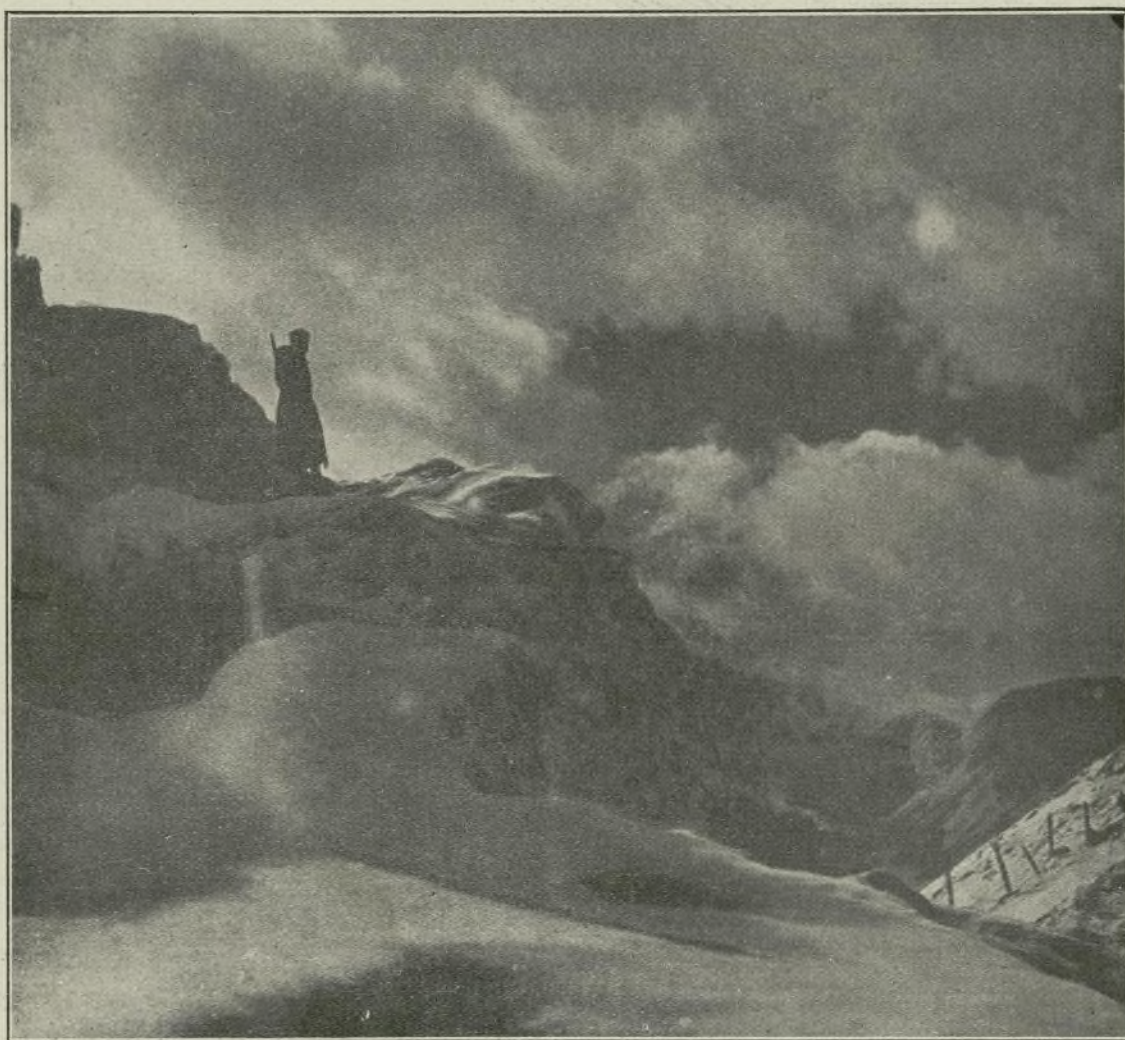
reles de Gorizia a la evacuación de Durazzo y Vallona. ¡Qué magistrales tratados de retiradas vamos a leer después de la guerra! Y que hay gloriosos antecedentes, como los de Cannas y los del insigne Vercingetorix en las Galias.

(El señor B).—Hable V. por los codos, si gusta, don Subrio; está fuera de dudas en Inglaterra que el factor decisivo de esta guerra será el dominio del mar.

—Eso fué en tiempos de Noé y de su arca. Los tiempos han cambiado y ya no son las aguas las que inundan los continentes, sino las tierras las que invaden los mares.

(El señor A).—¡Qué disparate!

—De a folio. Alemania se prolonga por Bélgica



Centinela austriaco en las alturas del Tirol

(El señor A).—Parece mentira que censure V. una acción de conjunto que patentiza el acuerdo de los aliados; nosotros en Salónica, los italianos en Albania, los rusos en Besarabia y....

—¡Dios en todas partes! Es decir ¿que para combatir a los alemanes, los unos se van a Grecia, país neutral, los otros a Albania, también neutral, y los de más allá a Persia, igualmente neutral? ¡Donosa manera de hacer la guerra! ¡Me río yo del demasiado tarde de Lloyd George! Una cosa es tarde y otra, más socorrida aunque peor, es nunca. Por lo demás, no dudo que los italianos se pondrán pronto a la altura de sus colegas; tan gloriosa fué la retirada de Gallípoli, que los italianos han pospuesto los lau-

y obliga a refugiarse en los puertos ingleses a los dreadnoughts británicos. Gallípoli se ensancha, y las escuadras aliadas huyen como del diablo, llevándose a bordo a los Robinsones modernos. Pronto los alemanes arrojarán a los barcos rusos fuera del golfo de Riga. Y ahora Austria se extiende amenazando expulsar a los barcos italianos de las costas de Albania. Es lo que nos faltaba por mar: ¡las escuadras transformadas en nuevos judíos errantes!

(El señor B).—Ilusiones que V. se forja, y que jamás se realizarán. Nuestra prensa está despierta y vigilante, sin que se le escape nada interesante.

—Efectivamente, grita, gesticula, discute, produce obras maestras de literatura; y hoy una chuleta,



mañana un solomillo, el otro un Lovcen, por duro de pelar que sea, los bárbaros dan buena cuenta de todas las tajadas. ¡Que vendrán, que vienen, que llegan, que ya están aquí....! ¡Mucha palabrería, mucha literatura.... y al fin de cuentas la consabida estrategia!

(El señor A).—No ha llegado aún el momento de obrar.

—¿Qué aguardan ustedes? ¿Los 200.000 hombres a quienes alcanza la ley del servicio obligatorio en Inglaterra? Esperen ustedes sentados, y por si acaso añadan al yelmo un buen espaldar de acero, cuanto más grueso mejor.

(El señor B).—Tienen ustedes unos deseos locos de que nos derroten, don Subrio.

—¡Qué me quiten lo bailado...! No sé qué será peor; que le frían a uno los periódicos, o que le achicharren los uhlanos. Yo opto por lo primero.

(El señor B).—Sólo hace dos meses que esperamos a los uhlanos en Salónica.

—Cada cosa a su tiempo y los nabos en adviento. ¿No les parece a ustedes que no les vendrían mal unas cuantas misas? Tenga V. seguridad que se las dirán los alemanes... y hasta los turcos, si V. me apura. Si no es con misas, no sé cómo van ustedes a redimirse de lo que han hecho con Bélgica, Serbia, y Montenegro.

(El señor A).—¡Es demasiado, don Subrio! ¡Que-rrá V. decir los austro-alemanes!

—No, señor: ustedes; ¿quién empujó a los belgas,



Atrinchamiento alemán en el Priesterwald (bosque del sacerdote)

—De que les derroten, precisamente, no; pero de que no triunfen, sí. Si a veces me expreso con alguna dureza, es porque me repugnan las jactancias intempestivas y las fanfarronerías ridículas. Llamen ustedes al pan, pan, y a las estrategias, palizas, y nos entenderemos perfectamente. Pero eso de atacar ocho días seguidos una posición, como los rusos en el Strypa, y pregonar la victoria porque en el noveno el enemigo no ha salido de las trincheras que no pudieron arrebatarse, pase con los vapores—que ahora son asfixiantes—de Champaña, pero no en tierra de creyentes.... en *Le Temps*.

(El señor A).—¡Al freir será el reir, mi ínclito y sabio amigo!

montenegrinos y serbios? ¿quién les prometió una ayuda, que no se ha visto por ninguna parte? ¿hubieran sido tan locos esos infelices, si no contaran con promesas, totalmente incumplidas?

(El señor B).—¿Ibamos a desatender nuestros asuntos por los ajenos?

(El señor A).—¿No están invadidas Francia y Rusia?

(El señor B).—¿Amenazada Inglaterra y contenida Italia?

(El señor A).—¿Qué más podíamos hacer en favor de Bélgica y Serbia y....?

—Pues, si no podían ustedes hacer más de lo que han hecho, haberse callado, los belgas y serbios no



tenían la experiencia histórica de otros pueblos que están más al occidente, y no supieron distinguir entre el anzuelo y la amistad.

(El señor B).—Pero estamos en Grecia, dispuestos a todo.

—¡Grecia, santa palabra! ¿Cómo va la invasión de Grecia?

(El señor A).—Los petulantes búlgaros están contenidos por nuestros cañones.

—No me refiero a los búlgaros, sino a los italo-franco-ingleses.

(El señor B).—Sueña V., don Subrio; ¿qué fantasía es esa?

—Tristísima realidad, gracias al inconmensurable Venizelos y a sus admiradores. Salónica, Imbros, Lemnos, Kavalla, Kastellorizo, Corfú... Lo repito, ¿qué tal progresa la invasión de Grecia? A su lado, es despreciable la de Polonia. He de reconocer que es una invasión magistral, de positivo mérito, de gran peligro y extraordinarias dificultades. Por si acaso, han sometido ustedes a los griegos a media ración, para que se pongan anémicos; pero es lo que ellos dicen: preferible es pasar hambre que pasar los Dardanelos.

(El señor A).—Se le ha subido a V. a la cabeza la desgraciada expedición a los Dardanelos. Me extraña que sabiendo tantos refranes ignore V. que una golondrina no hace verano.

—Se necesita ser candoroso para comparar los Dardanelos con una golondrina; pertenece al género masculino y barbudo: ¡es un golondrino!

(El señor B).—Habla V. de *Le Temps* y no hace usted más que juegos de palabras.

—Porque los de manos son juegos de villanos, como si dijéramos, de alemanes. Ustedes, siempre tan distinguidos, no quieren saber nada de estas cosas. ¡Los ejércitos! ¡Qué porquería! ¡Las victorias militares! ¡Qué ordinariéz! Nada hay que iguale a los destellos del ingenio humano, sobre todo si se

codea con indios, senegaleses, cafres, moros y mahorís, y va a buscar su inspiración en la tierra clásica del arte, en Grecia! Para inspirarse más, lo mejor es quedarse en Grecia o con Grecia, ¿no les parece a ustedes?

(El señor A).—Todo le será devuelto religiosamente.

—¡V., hablando de religiosidad! ¡Ahora sí que me escamo de veras! ¿No podrían ustedes devolver antes otras prendas a muchos y muy diversos países?

(El señor A).—Cuando los alemanes se desprendan de Alsacia y Lorena.

—Que ustedes les arrebataron. Es un modo de razonar muy peregrino: lo que me apetece, tengo derecho a tomarlo; lo que apetece a los demás, es inviolable. ¡Así andan ustedes de medrados! ¡Derecho, justicia, democracia...! ¡Señor A, dígales V. que no hay que mentar la sogá en casa del ahorcado!

(El señor B).—Desbarra V., ni más ni menos, don Subrio. ¿Qué hubiera sido de los griegos sin la ocupación franco-británica? Expuestos a caer en manos de cualquiera; ahora están seguros y tranquilos. ¿Pueden apetecer ni desear cosa mejor los pueblos débiles? ¡Responda V.!

—Apaga, y vámonos... y no a paseo, sino a freir espárragos, señor B! ¡Va a una manera de señalar que tiene V. Me voy a Suiza, a aprender a disparar. Pero, antes, dígame V. ¿qué harían los huéspedes si Grecia no les tolerase la estancia allí y aceptase a otros viajeros?

(El señor B).—¡Vaya una pregunta! ¿Qué habían de hacer? ¡Marcharse! Aunque luego lo deplorasen y lo llorasen los helenos.

—Siendo así, me tranquilizo. En secreto—señores A y B,—nunca me había alarmado: el miedo guarda la viña, y más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

SUBRIO ESCÁPULA

## CRÓNICA MILITAR

I. Hindenburg y Mackensen.—II. El esfuerzo militar de Inglaterra.—III. La campaña contra Montenegro y la superioridad de fuerzas.—IV. Los ataques a la costa belga en 1915.—V. La última ofensiva de los rusos.—VI. La situación el 24 de enero de 1916

### I.—Hindenburg y Mackensen

Las dos grandes figuras de esta guerra son los mariscales alemanes Hindenburg y Mackensen. Cualquiera que sea la suerte que el destino reserve a su patria, los nombres gloriosos de ambos caudillos quedan escritos para siempre en letras de oro en la historia universal.

Caracteriza a Hindenburg la grandiosidad de sus planes y el atrevimiento en la ejecución. No puede brillar como Napoleón, porque no dispone del poder supremo, pero le adornan las cualidades esenciales de aquel genio de la guerra. Sin jactancia, tiene pleno conocimiento de su superioridad sobre el enemigo, y esto le da una fuerza moral que equivale a un ejército numerosísimo. Maestro insuperable en las maniobras envolventes, les ha dado unas proporciones pasmosas, tan grandes, que a veces nadie ha

sabido apreciarlas hasta después de consumadas. Rápido en las decisiones, si sus ataques han sorprendido por lo vigorosos e imprevistos, tampoco ha vacilado cuando ha creído conveniente una retirada, como la que puso término a la segunda invasión de Polonia. Posee además el secreto de la economía de las fuerzas, de saberlas emplear en los puntos convenientes y en la cantidad estrictamente indispensable. El tiempo suele acrecer el mérito de los personajes que fueron: perduran sus aciertos y se esfuman sus errores. Por eso es aún pronto para establecer un paralelo entre Hindenburg y Moltke. A mi juicio aventaja el primero al segundo como general, como estratega, si bien Moltke ocupará mucho tiempo todavía el primer lugar como organizador. Es necesario remontarse a Annibal y Alejandro para encontrar quien, como Hindenburg, sepa reportar de una campaña estratégica los máximos frutos tácticos. Sin



un caudillo de su temple hubiera sido casi imposible desbaratar una tan formidable y preparada máquina militar como la del ejército ruso. Comenzando por Tannenberg, la estrategia de Hindenburg se va engrandeciendo; inútil es que los rusos extiendan sus frentes y coloquen reservas en puntos bien elegidos: para el pensamiento del gran general alemán no hay otros límites que el mar; y da a sus líneas longitudes de centenares de kilómetros, moviéndolas con el mismo desembarazo que si las tuviera bajo su vista; y las mueve sin conocer los propósitos del enemigo, ignorando lo que hay más allá de las trincheras avanzadas. Esto es lo que define a un gran capitán: la confianza en sí mismo y la intuición del adversario, mediante las cuales no parece sino que la guerra se doblegue y obedezca dócilmente a los deseos y mandatos del que acaudilla uno de los ejércitos. Visto desde fuera, todo parece fácil, sencillo, natural; el enemigo está como hipnotizado, es juguete de su rival, y se diría que ha olvidado lo que le conviene y se presta a los golpes que se le dirigen. Cada vez que se releen las campañas inmortales de los tiempos pasados, se recibe una doble impresión: admira y suspende el talento, el genio de los unos; pasma la torpeza, los errores de los otros; y no es raro que el sentimiento de la censura predomine sobre el del elogio, y que los acontecimientos de primera magnitud nos los expliquemos antes por los desaciertos del vencido que por la sabiduría del vencedor, cosa perfectamente lógica, porque nuestra mediocridad intelectual se asimila sin esfuerzo la vulgaridad de los que erraron, mientras que tropieza con grandísimas dificultades para remontarse a la luz divina que resplandece en los actos de los triunfadores. Pocos, muy pocos, son los que caen en la cuenta de que las equivocaciones no suelen ser espontáneas, sino que las provoca, en ocasiones muy de lejos, la superioridad mental del contrincante. Este es el caso de Hindenburg, capitán que anonada y confunde al adversario. En la atmósfera oscura, brumosa, de la guerra, su mirada de águila descubre lo interesante y no se posa sobre los múltiples incidentes y detalles que tanto preocupan, con harta razón, a las medianías, y que, no obstante, es menester tener en cuenta. ¿Quién puede preciarse de ese sentido de la ponderación, que da a cada hecho su verdadero valor y que sabe distinguir, sin vacilar, lo importante de lo que no lo es? Hindenburg es el primer estratega de nuestra época; seguramente, la posteridad le reservará un lugar más alto que aquel en que le han colocado sus contemporáneos.

Mackensen personifica las mejores cualidades del generalato de su país: resolución, tenacidad, energía, orden, método. No posee la amplitud de concepción de su colega Hindenburg, pero le iguala o tal vez le aventaja en la inflexibilidad, en la pureza de la ejecución. No tan confiado en sí mismo y reconociendo el valor de su adversario, es un dechado de previsión y un excelente organizador. Sus golpes no son tan rápidos, pero los extrema hasta el último límite; menos grandiosos, pero acaso más perseverantes. La esmerada y larga educación militar que uno y otro han recibido se ha dejado sentir más en Mackensen que en Hindenburg; éste es el artista, aquel el científico. Un hombre de talento y carácter

puede llegar, difícilmente, pero puede llegar a ser un Mackensen; para igualar a Hindenburg se necesita la inspiración, que es un don del Cielo. De aquí que sea tal vez más interesante, desde el punto de vista práctico, la personalidad del sojuzgador de los serbios que la del vencedor de los rusos. Nadie ha igualado a Mackensen en previsión, ni en la preparación de una campaña, lo cual exige un conocimiento íntimo y hondo de los infinitos factores que intervienen en las operaciones militares. Sacrifica el brillo y el efecto moral de un plan a su resultado positivo; no derribará a su adversario de una sola estocada, pero desgraciado del que sea vencido por él, porque se mostrará implacable, y su obstinación perdurará mientras se le oponga algún obstáculo; díganlo los rusos invasores de Galizia y los serbios. En sus manos, el ejército funciona casi automáticamente; es el representante del general científico del siglo xx. Al mismo tiempo, su poder de comprensión es rapidísimo, le permite hacerse cargo de una situación en pocos días, aun en horas, y enderezarla si se ha torcido, lo que le hace ser un auxiliar inapreciable del mando supremo e insustituible para orillar las grandes dificultades. Sin llegar a los límites del genio, tiene personalidad más que sobrada para que su reputación le sobreviva, como lo demuestra el que la figura de Hindenburg no ha llegado a obscurecerle. Andando el tiempo, la lectura de las campañas de este último cautivarán más, tanto al docto como al profano; pero se reportarán más enseñanzas de los hechos realizados por Mackensen. Este es de la escuela de Moltke, mientras que Hindenburg ha de colocarse en el plano de Napoleón, sin que ahora se pueda establecer una comparación razonada entre el caudillo alemán y el corso inmortal. Sí cabe asegurar que Mackensen tendrá mejores y más aprovechados discípulos, porque los actos de la humanidad han de regirse por las enseñanzas de otros hombres y no por las apariciones fugaces e indeterminadas del genio.

Analizar el desarrollo de la guerra prescindiendo de ambas grandes figuras sería perder de vista la realidad. Sobre los millones de hombres y los cañones y los barcos y el dinero, ha flotado y flotará siempre el alma del mando.

## II.—El esfuerzo militar de Inglaterra

El esfuerzo militar que hace Inglaterra, valiéndose del sistema de Lord Derby y del servicio obligatorio ¿será bastante a decidir la guerra? La respuesta es afirmativa para un grupo de beligerantes, y negativa para el otro. Tratemos de investigar por nuestra propia cuenta, dejando antes bien sentado que el número no es el factor decisivo de la victoria, ni mucho menos.

El Parlamento inglés ha votado créditos para el sostenimiento de un ejército de tres millones de hombres, y mister Asquith ha declarado que en el frente occidental (Flandes) tiene Inglaterra un millón. Según cálculos autorizados, con el sistema Derby y el servicio obligatorio se obtendrán, deducidas las excepciones, 918,000 reclutas, y además figuran alistados 487,000 casados, de los cuales puede disponer el Gobierno una vez haya llamado a los solteros. Un millón de hombres en el frente occi-





General Bryan T. Mahon, jefe del ejército inglés de Salónica



El príncipe Joaquín, hijo menor del Kaiser



General von Kneuszl, jefe de un cuerpo de ejército bávaro

dental y 1.400,000 existentes en la metrópoli, dan un margen de unos 500,000 hombres, hasta los tres millones, para el total de las tropas inglesas, no coloniales, en Salónica, Egipto y Mesopotamia, por una parte, y en Inglaterra por otra.

Por de pronto se llamará a los solteros, 918,000 hombres; la incorporación no tendrá lugar hasta muy avanzado el mes de febrero, y por mucho que se active la instrucción los nuevos soldados no estarán en condiciones de ser enviados a campaña antes de junio; más probablemente, en julio o agosto; de donde se deduce que los refuerzos ingleses no podrán tomar parte en la campaña de primavera. Para la de verano, dispondrá de 900,000 hombres más, y para la de invierno de otro medio millón, si oportunamente son convocados los casados. De consiguiente, si las operaciones decisivas de la guerra tienen lugar en julio y agosto, Inglaterra podrá pesar mucho en ellas, pero no si se adelantan al mes de julio.

¿Se emplearán los contingentes expresados en la formación de nuevas divisiones? Este era el deseo de la opinión militar inglesa, pero hubo que desistir del pensamiento porque la recluta voluntaria no llegaba, antes de diciembre, a cubrir la mitad de las bajas causadas por el fuego y las enfermedades. Es público que el efectivo de las divisiones en campaña se ha reducido casi a la mitad, lo cual indica que en Francia hay unas setenta divisiones inglesas. En junio, sus efectivos habrán disminuído todavía más, y se necesitarán unos 600,000 hombres para ponerlas al completo. Casi la mitad de esta cifra tendrá que ser enviada a Oriente, de suerte que todo el esfuerzo militar inglés se concretará en restablecer al pie de guerra las unidades existentes. No habrá aumento del ejército, propiamente hablando, sino aumento de los efectivos del ejército, es decir, que si en el campo de la táctica estará Inglaterra mucho mejor, en el terreno de la estrategia su situación apenas habrá variado por el llamamiento de reclutas.

Material de todas clases hay disponible; oficiales jóvenes, aunque deficientemente instruídos y sin práctica de la profesión, tampoco faltan; pero hay

una verdadera penuria en jefes superiores. Menean las *comisiones*, por las cuales un teniente coronel se pone temporalmente al frente de una brigada y un comandante a la cabeza de un regimiento; a veces la desproporción entre la categoría y el empleo es todavía mayor. El número y la idoneidad de los oficiales son los puntos débiles del ejército inglés.

Llamando a todos los hombres comprendidos entre los 18 y los 41 años, Inglaterra da a comprender que no piensa prolongar la guerra más allá del presente año, porque hace uso por adelantado del cupo correspondiente al año próximo. Si la campaña se decide antes de julio o después del invierno, el sacrificio de Inglaterra habrá resultado tardío o estéril, y muy útil para las operaciones del verano y otoño.

Con estos antecedentes, el lector podrá formar juicio de lo que representa y el alcance que tiene la determinación recientemente adoptada por el Gobierno británico.

### III.—La campaña contra Montenegro y la superioridad de fuerzas

En mi *Crónica* del 3 de diciembre anuncié que el ataque a Montenegro se desarrollaría en la forma que ha tenido lugar. No era menester ser profeta para adivinar que a la ofensiva desde el E. se sumarían los avances por el N. y por el O., porque si Austria no se aprovechase de su posición geográfica con respecto al pequeño vecino y de la situación de los ejércitos que a la sazón luchaban contra los serbios, revelara un desconocimiento absoluto del arte militar. Había además otra razón para creerlo.

La maniobra envolvente es la más eficaz y la menos costosa en tiempo y bajas, cuando las circunstancias, los medios y el terreno la permiten. Sin ir muy lejos, Serbia fué rápidamente y totalmente vencida por el envolvimiento que los austriacos emprendieron desde Visegrado y los búlgaros hacia Nisch, combinado este último con la ruptura de la línea de retirada en Usküb. Al concluir la campaña de Serbia, se encontró un ejército austriaco junto a





El famoso Lord inglés Conde Derby



General francés Hirschauer, jefe del servicio de aviación, gravemente herido



General inglés S. Donop, llamado la mano derecha de Kitchener

las fronteras orientales de Montenegro, y otro al N., en la antigua provincia de Novi Bazar. La ofensiva más enérgica se pronunció en esta región, mientras que por el E. los austriacos avanzaron lentamente, procurando, más que ganar terreno, apoyar y sostener la penetración de los búlgaros en Albania. Peleóse furiosamente en el N., a donde los montenegrinos llevaron la masa principal de sus fuerzas, y cuando parecían agotadas las fuerzas del invasor, una fuerte columna se apoderó del monte Lovcen—la posición estratégica más importante de Montenegro—y se extendió hacia el E., comunicando a

sultado no por previsto deja de honrar a los austriacos.

No hay motivo para sorprenderse de este final; pero sí asombra que los franco-ingleses que tienen más de 200,000 hombres inactivos en Salónica, y los 50,000 italianos de las costas de Albania, no hayan prestado a los montenegrinos el auxilio que demandaban, y permitieran a los austriacos que consolidaran su posición en el Adriático, poniéndoles en el caso de abrir otra campaña, no menos fructífera, en Albania.

Sin necesidad de que lo recuerden todos los días,



El rey Fernando de Bulgaria, con su hijo, el heredero del Trono

los montenegrinos y precipitando el desenlace de la campaña.

Tuvieron a su favor los austriacos la superioridad del número y del armamento; contaban los montenegrinos, más que con la bravura, indomable, de sus escasas huestes, con lo fragoso del terreno, que no consiente los movimientos combinados de tropas numerosas, y con lo riguroso de la estación invernal, que hace intransitables los caminos e inaccesibles las montañas. Pero esos obstáculos materiales no detienen nunca a un ejército organizado, mandado por inteligencias claras y voluntades acerradas. El pequeño Montenegro ha tenido que sucumbir, después de una resistencia heroica, y el re-

sabemos perfectamente que los ejércitos aliados son bastante más numerosos que los de los Imperios centrales y Bulgaria; los de Turquía no han entrado aún seriamente en acción en Europa. Pero la superioridad estática, que es la única que practican los aliados, no sirve para nada. Mientras no se ponga en movimiento y se trueque en dinámica, haciéndose sentir sobre el enemigo, sus efectos sólo se traducen en mayores gastos, más dificultad en el mando y menos fuerza moral. En octubre y noviembre, los búlgaros que había en el Vardar eran muchos menos que los franco-ingleses que tenían delante. Tampoco los búlgaros que marcharon sobre El Basan llegaban al número de los italianos establecidos



en el litoral. Contra las dos otras divisiones austriacas que atacaron a Montenegro desde el O., pudieron muy bien enviar los franco-ingleses sus contingentes de Gallipoli, mucho más fuertes, o cuatro o cinco divisiones los italianos. Dominan en el mar los italianos y mes y medio tuvieron a su disposición para decidirse y ejecutar la obra.

Nadie sabe lo que mañana acontecerá; pero hasta hoy, o sea en los diez y ocho meses pasados, los imperiales han ido llevando sus masas a donde les convenía, cosechando éxito tras éxito, mientras que sus adversarios han invertido la superioridad de sus fuerzas en reforzar los frentes por igual para consolidar sus posiciones defensivas, o emprender expediciones sin utilidad por no influir directamente en las operaciones principales. A excepción de los rusos, que de vez en cuando ejecutan vigorosos ataques frontales, que les inutilizan y dejan maltrechos, se ve claramente cuán diferente concepto de la guerra tienen los unos y los otros beligerantes: los imperiales mueven sus fuerzas, las llevan de un punto a otro, las combinan; los aliados parecen esperar todo de que la densidad de sus frentes sea mayor. Los primeros atacan y golpean; los segundos esperan. Aquellos saben que la superioridad material sólo es provechosa en puntos determinados y si se la emplea de un modo concreto; éstos la consideran en abstracto. Con este diferente modo de proceder, la superioridad material es una frase vacía de sentido, algo que hasta la fecha no ha tenido ninguna eficacia. Claro es, y lo saben perfectamente mis lectores, que para obtener de tal superioridad el apetecido fruto, se necesitan ciertos requisitos que se salen de la esfera de la materia. ¡Cuántos más han de cumplirse para lograrla en los puntos decisivos, cuando en conjunto se es más débil!

#### IV.—Los ataques a la costa belga, en 1915

El Gobierno inglés ha hecho público el parte oficial del almirante R. H. Bacon, comandante de la escuadra de patrulla de Dover, relatando las operaciones contra el litoral belga, desde el 22 de agosto al 19 de noviembre de 1915, realizadas en combinación con la segunda escuadra francesa de cruceros ligeros, mandada por el almirante Favereau. El parte es muy conciso; detalla en estos términos los resultados obtenidos: hundimiento de un torpedero, dos submarinos y un barco pesquero, destrucción de tres talleres militares y destrozos en otro, daños en las esclusas de Zeebrugge y la destrucción de 13 cañones de gran calibre, dos depósitos de municiones, y varios almacenes militares, estaciones de observación y puntos de señales. La escuadra inglesa tuvo 34 muertos y 24 heridos, y perdió los barcos auxiliares armados *Sanda* y *Great Heart* y el rastreador de minas *Brighton Queen*; la escuadra francesa perdió otros tres barcos, cuyos nombres y clases no se declaran en el parte.

El almirante alude a la gran precisión del tiro a grandes distancias, por la aplicación de nuevos métodos de puntería, y cita en su parte cruceros ligeros, monitores de dos especies—parecidos a los empleados en los Dardanelos—yachts, pesqueros, torpederos, etc. La escuadra, 80 unidades, se componía, pues, de los tipos más diversos, en los que se montó

artillería gruesa para darles cierto carácter de baterías flotantes. Las tripulaciones procedían de las reservas, una parte, y la otra estaba formada por pescadores, casi sin instrucción militar. El *Sanda* lo mandaba un teniente de la reserva, de 70 años, mister Gartside-Tipping, que pereció en aquellos combates. Los torpederos y destroyers se emplearon en la vigilancia y en repeler los ataques de los submarinos. Había también tres barcos «mensajeros de escuadra», nombre que aparece por primera vez en los partes británicos.

Los detalles expuestos dan a conocer el extraordinario esfuerzo naval que está haciendo Inglaterra, a la que no bastan las abundantes reservas navales de que disponía, ni tampoco los barcos auxiliares designados en tiempo de paz para apoyar las operaciones de las flotas militares.

#### V.—La última ofensiva de los rusos

Como saben mis lectores, no he acertado a comprender la verdadera finalidad de la última y violenta ofensiva de los rusos en el sector S. del frente oriental. Era imposible que el 1.º de enero estuvieran organizados y en disposición de entrar en campaña los nuevos ejércitos del Czar; sólo podía echarse mano de una parte de ellos, la que tan trabajosamente se reunía en las fronteras danubianas de Rumanía. Ni la presente estación, ni el punto de ataque elegido—fuertemente guarnecido—favorecían el éxito; ni la operación tuvo un carácter general, puesto que no repercutió en el N. ni en el centro; ni era ya ocasión de apoyar a los serbios, destruidos a la sazón; ni los aliados de Salónica, dejados en paz por los imperiales y sus aliados, necesitaban el auxilio ajeno. Parecía extemporánea, poco oportuna la ofensiva, y la forma que revistió, de tanteo sucesivo terminado con ataques frontales en diversos lugares del sector, denotaba cierta vacilación, la falta de un plan definido en el mando.

El misterio sólo lo podían descifrar, más o menos encubiertamente, los corresponsales de guerra agregados al ejército ruso, y algunos de ellos han sido lo bastante explícitos para que se comprenda que la última maniobra rusa no se ha originado en un pensamiento militar. El fin principal que se perseguía era impresionar a Rumanía, ejercer sobre ella cierta presión política, haciéndole ver que el ejército ruso del S. era respetable por su fuerza y su valor; y el ataque se inició al terminar el año 1915, porque se tenía noticia de que los austro-alemanes preparaban una fuerte acometida en Galizia y Besarabia, y convenía adelantarse al enemigo para frustrar sus planes. Estas son las únicas razones concretas que, visadas por la censura rusa, se han dado para explicar aquellas batallas.

El motivo alegado de orden militar no puede ser aceptado. Cuando se quiere que aborte una maniobra del enemigo adelantándose a su acción, se ejerce la iniciativa en cualquier punto que no sea aquel donde el adversario ha reunido sus tropas, toda vez que de elegirse éste se facilitaría la maniobra que se pretendía evitar. Los hechos abonan este juicio, porque si realmente los austro-alemanes preparaban un ataque en el S., ninguna ocasión mejor para emprenderlo que la creada al fracasar la ofensiva rusa, con seve-



ras pérdidas del asaltante; y los imperiales se han limitado a mantenerse en sus líneas, sin ejecutar la menor tentativa de avance. Es muy probable que el nuevo golpe contra Rusia descargue en el S., pero el 31 de diciembre no se pensaba en ejecutarlo desde luego.

Menos todavía satisface el motivo de orden político. Más presión se ejercía sobre Rumanía estacionando un numeroso ejército en su frontera, que destrozándolo en otro lugar en estériles batallas. Aparte de que en aquella fecha se había ya restablecido el tráfico entre Austria y Rumanía y ambas naciones estaban de acuerdo sobre la conducta recíproca que en lo futuro debían de observar, la oportunidad de la acción rusa en los Balkanes desapareció cuando cesó la resistencia de los serbios, y los franco-ingleses se retiraron a Salónica y la Macedonia griega.

¿Creyeron, por ventura, los rusos que el enemigo había caído en el lazo que le tendía el ejército moskovita concentrado cerca del Danubio? No es presumible, porque todos sabíamos cuán escasas eran las tropas alemanas destacadas a la frontera rumano-búlgara, y hubiera sido un acto de locura desguarnecer el frente del Strypa para reforzar una línea—la del Danubio—sólo amenazada indirectamente y muy de lejos.

¿Esperaban, tal vez, romper el frente alemán en alguno de los tres ríos: Styr, Strypa, Dniester? El silencio que guardan sobre este punto, al que no alude ninguno de los corresponsales, da caracteres de verosimilitud a esta hipótesis. Pero, al mismo tiempo, es imposible admitir que los rusos ignorasen que aquel sector era el más fuertemente guarnecido en todo el frente y el mejor enlazado con los Imperios centrales, aquel, por consiguiente, en que menos probabilidades de éxito tenía un ataque.

La tentativa de los rusos no fué acompañada por ningún intento de los aliados en los demás frentes, es decir, que obedeció a la iniciativa exclusiva de los generales del Czar, sin que Francia, Inglaterra e Italia pusieran ninguna esperanza en ella, toda vez que permanecieron inactivas en los doce días que duraron aquellas batallas.

Varias veces en el curso de esta guerra los rusos han emprendido operaciones aisladas, aventuradas, sin un objetivo concreto y de relevante importancia; los escarmientos sufridos les aleccionaban poco a poco, y se notaba una marcada tendencia a no repetir esos esfuerzos, tan sangrientos como poco provechosos. Ahora se los repite, cuando menos eran de esperar, y ello no presagia nada favorable al ejército ruso el día en que se reanuden activamente las operaciones en aquel frente. Censurable es permanecer a la expectativa, aguardando los asaltos del enemigo y cediéndole la plena libertad de acción, pero todavía peor es sacrificarse en combates que de antemano se sabe no han de producir resultados positivos y que desmoralizan y quebrantan al ejército propio, tanto como fortalecen el espíritu del adversario. Hace mucho tiempo que no se ve luz en la estrategia rusa—sin negar que la haya y que deje de brillar a distancia por motivos que desconocemos,—y la última ofensiva entenebrece todavía más el horizonte. Si alguna consecuencia pudiera deducirse, no sería otra que la de confirmarse la impotencia rusa; un

ejército tan castigado y debilitado como aquel, nada tiene de extraño que vaya perdiendo su aptitud para las grandes operaciones, sin dejar de conservar la potencialidad táctica que proviene de la cohesión de las tropas moskovitas, por improvisadas que sean, y del arraigado espíritu de obediencia y sacrificio del mujik trocado en soldado.

## VI.—La situación el 24 de enero de 1916

Se ha anunciado oficialmente que el general francés Sarrail asume el mando supremo y único de las tropas francesas e inglesas en Salónica. Es la primera vez que impera esa unidad de mando en los ejércitos aliados, porque ni siquiera en las primeras semanas de la guerra, cuando tan débiles eran los contingentes ingleses enviados a Francia, estuvo el mariscal French a las órdenes del general Joffre. La medida, no por tardía ha de dejar de ser aplaudida, y todavía sería más loable si tuviera un alcance general y se extendiera a Francia y Flandes, donde luchan tres ejércitos—belga, británico y francés—con mandos independientes y sin otro concierto que el que proviene de la voluntad de los generales.

La retirada del Vardar patentizó, como muchas veces ya se había puesto de manifiesto en el frente occidental, los peligros y funestas consecuencias de la duplicidad de mandos, que, realmente, apenas era posible después del repliegue a Salónica y sus alrededores, donde las tropas de los dos países habían de mantenerse en estrecho contacto, inevitable, y proponerse forzosamente un objetivo común. No es menos necesaria la unidad en Francia, e imprescindible si se emprenden operaciones ofensivas; los ataques en Champaña, Artois y Flandes lo han demostrado, aun a los menos versados en achaques de milicia. Como de ordinario los aliados han observado una actitud defensiva, los graves inconvenientes del triple mando no se han manifestado en toda su amplitud. Los belgas defendían el pedazo de su patria que aún poseen; los ingleses guardaban la puerta de la metrópoli y la libre navegación por el canal; y los franceses protegían París y resistían en las plazas del N. E. Los tres objetivos eran perfectamente concordantes. Pero si tuviera éxito un ataque y fueran rotas las líneas alemanas en toda su profundidad, quedaría planteada a los aliados una maniobra estratégica que, ineludiblemente, apartaría a uno de los ejércitos, por lo menos, de lo que interesa en particular a su nación; de prevalecer estos intereses particulares sobre el simplemente militar, que no admite distingos, fracasaría la maniobra; y si para llevarla a feliz término se establecía entonces la unidad de mando ¿no adolecería de la fragilidad de lo imprevisto, de lo circunstancial y pasajero? Para el ordenado y eficaz ejercicio del mando se requiere tanta costumbre en el jefe de ordenar, sin reparar a quién alcanza la orden, como a todos los demás de obedecer, y ello sólo puede lograrse implantando la unidad de mando con antelación, en plena normalidad.

Conviene advertir que no es lo mismo unidad de mando que unidad de dirección. Ésta es posible, hasta cierto punto, mediante el Consejo de Guerra de los aliados; pero el tal Consejo no puede hacer más que señalar objetivos, dar directivas y aconsejar



fechas, mientras que el mando es quien mueve las tropas, quien ejecuta.

Bien merece las anteriores reflexiones la medida adoptada en Salónica, una de las más interesantes que se han registrado en los últimos meses en el campo de los aliados. La segunda parte—cómo funciona este mando único en lo que concierne a las tropas británicas—no podrá ser examinada interin no tengan lugar en aquella región operaciones formales en grande escala.

La ofensiva rusa en el Cáucaso es tan vigorosa como la que se pronunció poco después de declarada la guerra a Turquía; los moskovitas han atravesado la frontera en casi toda su extensión (en la región limítrofe con Persia hace muchos meses que los rusos se encuentran en territorio turco) y se han apoderado de Keuprikeni, que ya estuvo otra vez en sus manos. Con todo, no es de creer que las operaciones revistan especial interés. El avance de los rusos ha de atribuirse a fijar las tropas enemigas que hay en Armenia e impedir que el ejército turco del Norte se corra a Persia, donde van apareciendo nuevos focos de alzamiento que dan lugar a continuos combates, con éxito vario, aunque es ocioso decir que la agitación tiene carácter exclusivamente antiruso y antibritánico.

Después de librar recios combates, dos columnas inglesas que remontan el valle del Tigris, a uno y otro lado del río, se acercan a Kut-el-Amara, de donde distan, según las últimas noticias, pocos kilómetros. Cuando los turcos no han podido paralizar antes este avance, es de presumir que no intentarán detenerlo en la última etapa y que las tropas de socorro llegarán a la plaza. La situación del ejército del general Townshend, sitiado en Kut, debe de ser bastante angustiosa, no tanto porque así lo dan a entender las noticias inglesas como por el hecho de no haber efectuado ninguna salida ni hecho la menor tentativa para facilitar la marcha de las columnas de auxilio. Dando por sentada la liberación de Kut, queda por ver si los ingleses repetirán el avance a Ctesifón y Bagdad, o permanecerán en Kut, o se replegarán al Sur. Cuando, a primeros de diciembre, partieron las dos columnas de socorro, el Gobierno inglés anunció oficiosamente que se había abandonado el pensamiento de llegar a Bagdad, pero es posible que después se haya cambiado de plan. La circunstancia de no haberse reforzado los efectivos combatientes que hay en Mesopotamia, ni tampoco los del Cáucaso, da a entender que en la dirección de ambas campañas intervienen los alemanes, que aplican sus conocidos métodos de no enviar refuerzos graduales y sucesivos, sino que prefieren, aunque ello les obligue a evacuar terreno y retroceder, ultimar y completar los preparativos, y emprender la maniobra con todas las fuerzas y medios necesarios.

Durante la última semana han circulado los rumores más contradictorios sobre la actitud de Montenegro, reino que, según los despachos de París y

Londres, había roto las negociaciones de paz con Austria y proseguía la guerra. Lo acontecido es lo siguiente: las tropas que se encontraban en las regiones del norte y del centro, cuya retirada estaba cortada, han aceptado la capitulación y deponen voluntariamente las armas, mientras que los núcleos situados al S., en los sectores de Podgoritzza y Skútari, han preferido replegarse sin rendirse. Una nota del jefe del Gobierno montenegrino atribuye las negociaciones de paz al deseo de ganar tiempo y favorecer la evacuación del país; el ardid será más o menos honorable en el concepto diplomático, pero desde luego se echa de ver que es de suma inocencia, porque ni los austriacos detuvieron su avance, ni han evacuado el territorio otras tropas que las que lo habían evacuado ya. Como quiera, la campaña contra Montenegro ha terminado. Apenas se han internado más de lo que lo estaban las columnas austriacas del N. y E., pero las del O., que se apoderaron del monte Lovcen, han dado el golpe de gracia a Montenegro, cortando las comunicaciones con Albania. Una columna se ha corrido por el litoral, hasta más allá de Antivari; otra ha ocupado Podgoritzza, uno de los puntos más importantes del reino; y una tercera ha entrado, sin encontrar resistencia, en Skútari. Más al S., en el centro de Albania, se reúnen más tropas búlgaras en el sector de El Basán, de suerte que todo indica que las operaciones combinadas van a dirigirse contra los italianos que ocupan algunos puntos de las costas albanesas. Desde el punto de vista militar, son más urgentes estas operaciones que las tantas veces esperadas contra Salónica.

Ni en la Macedonia griega ni en el Egeo ha ocurrido ningún incidente digno de mención.

Han vuelto a atacar los rusos en el Dniester y Strypa, con los mismos resultados negativos de los días anteriores. Los últimos no han sido tan violentos ni tenaces, como si se hubiera debilitado la fuerza combatiente de los rusos. Insisten éstos en sus temores de que los austro-alemanes emprendan pronto una vigorosa ofensiva en Galizia, y para prevenir sus efectos siguen reuniendo nuevas tropas en el extremo S. de aquel frente. También hay indicios de una próxima actividad alemana en el N., hacia Dvinsk y el Duina.

Nada hay que registrar en el teatro austro-italiano, y un pequeño éxito de los alemanes, al N. de Arras, en el occidental.

Lo más interesante es saber si la preparación de la campaña en Albania irá precedida de un tiempo de espera, o se ejecutará inmediatamente de terminada la pacificación de Montenegro. Las resoluciones que tomen los italianos lo darán a conocer, antes de que se hagan públicos los movimientos de sus adversarios.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

25 de enero 1916.